

Femicidio, un crimen de odio por exceso de amor¹



LEONARDO PESKIN²

¿Qué se dirá de ti?

Otelo: Pues cualquier cosa: asesino honorable, si queréis,
pues nada he hecho por odio, sino todo por amor.

William Shakespeare, *Otelo*

INTRODUCCIÓN

Estamos atravesando épocas en las que la violencia adquiere particular relevancia por más que, obviamente, no sea novedosa en la historia de la humanidad. El maltrato y los ataques a las mujeres se inscriben en una cultura de la violencia y no son ajenos al resto de los actos delictivos endémicos o ya epidémicos. Los discursos sociales por uno u otro camino engendran los hechos que se viven en la sociedad y determinan los modos clínicos de todas las entidades.

En esta ocasión examinaremos el femicidio. Pienso que deberíamos intentar comprender las dinámicas psíquicas de algunos protagonistas que llegan a este desenlace, aunque no constituya una estructura clínica en sí misma, sino un hecho criminal.

Consideremos ante todo que la materia prima de cualquier síntoma, conducta, actuación o pasaje al acto la brindan los significantes disponibles en el discurso social prevalente. Los sujetos de una determinada sociedad se alimentan y se configuran en un cierto caldo cultural que los torna

1 Artículo ampliado sobre la base de uno escrito en 2016, «Algunas reflexiones sobre el femicidio».

2 Asociación Psicoanalítica Argentina.

violentos o pacíficos. Quizá por cambios culturales en ciertas regiones del mundo, aunque no en todas, se tiende a intentar acotar la discriminación hacia las mujeres y la ancestral violencia que se ejerce sobre ellas, lo cual favorece que se hagan especialmente visibles los hechos de violencia de género. Justamente hay una tendencia en nuestra sociedad a hacerla evidente, aunque también se notan las resistencias culturales a que la violencia de género sea reconocida y se generen modos eficaces de evitación, incluyendo formas legales específicas que se ejecuten y no queden como meras declaraciones de principios. En muchos casos estamos frente a evidencias típicas de leyes que son fachadas y a la ausencia de reglamentaciones o instrumentaciones por parte de la policía o los jueces que hacen que sean solamente decorativas. Lo esencial sería que se configurara un discurso que no hiciera cargar a la mujer con roles que se presten a ser degradadas, desvalorizadas y especialmente proclives a ser sacrificadas. Esto hace que se deslice el término jurídico de *femicidio* a *feminicidio*³ (Peramato Martín, 5 de enero de 2012) cuando se agrega a este tipo de asesinato la impunidad.

Es aquí donde cabe considerar que en estos crímenes se ataca no solo a una mujer o un conjunto de mujeres, sino a todo el género femenino. Y estos cuestionamientos terminológicos dan esa profundidad, una intención no solo individual, sino social, de atacar la femineidad en todas sus formas, lo que llevó a hablar de genericidio.

En el tema del femicidio estamos en presencia de uno de los casos de crímenes violentos que, por lo general, hacen a una dramática vincular. Muchas veces, no todas, se refiere a formas de violencia que constituyen un capítulo afín al de los filicidios, el maltrato a los ancianos, los diferentes por su raza, condición social o cualquier detalle (que, por ejemplo, en fenómenos de *bullying* puede referirse a la belleza, la inteligencia, etc.) y a los desvalidos en general. El conjunto se puede pensar como formas facilitadas de creación de una objetalización del otro que permite la descarga agresiva, siempre disponible en virtud de frustraciones de toda índole,

3 Marcela Lagarde definió el acto de asesinar a una mujer solo por el hecho de su pertenencia al sexo femenino como *feminicidio*, pero intentando dar a este concepto un significado político para denunciar la inactividad, con claro incumplimiento de las convenciones internacionales, de los Estados.

dada la fragilidad de los diques culturales o personales para refrenar los impulsos. Una pregunta que se abre es si el psicoanálisis se ocupó esencialmente de la cuestión del parricidio, y no del matricidio. Desde el asesinato del padre de la horda a la fantasía de asesinato del padre en la dramática edípica. Para Freud la materialización del crimen edípico implica un doble movimiento: poseer a la madre y asesinar al padre. No parece considerado el asesinato de la madre, aunque se deduce que todo asesinato es del padre como detentador de la Ley. Pero quizá queda pendiente el asesinato de la madre como sede del goce femenino. Probablemente la tentativa del femicida es que, más allá del asesinato del padre, se debe matar a la madre para que se apacigüe el goce voluptuoso femenino.

Una observación es que, en algunos casos, después del crimen o de haber sido condenado, el femicida aparece como alguien que no parece ser ese asesino. Al modo del crimen paranoico, como el que describe Lacan en el Caso Aimée, se explicaría un cierto aplacamiento de la psicosis del femicida posterior a la efectivización del crimen y la realización del castigo. Esto se evidencia en alguna aparente normalidad del femicida tiempo después de su crimen, siempre y cuando no se suicide, cerrando con su propia inmolación la instauración del Nombre del padre que el delirio no logró suplir. Todo esto nos lleva al oscuro protagonismo del Superyó en la psicosis, especialmente en esas versiones maternas que desarrolla la teoría kleiniana con el Edipo temprano, y que quedaría pendiente en Freud, más referida a esos antecedentes del Edipo y esa ausencia del Superyó en las mujeres, temáticas primarias que se desplegarían en la psicosis.

Lo que intentaremos en este breve desarrollo es incluir el protagonismo de las mujeres en la dramática del crimen femicida. Esto forma parte de sustraerlas de la posición de objeto e intentar repensarlas llevadas a la inmolación de un modo en que no tienen la hidalguía de la decisión de morir de Antígona. Muchas veces no es por deseo de morir que las mujeres se ubican en el lugar de víctimas para sostener un orden fallido como Antígona. En muchos casos encontramos el «equivoco del deseo», que se orienta hacia el goce, creyendo que iba a un encuentro amoroso. En el último apartado voy a ampliar estas ideas.

LA VIOLENCIA EN GENERAL Y LA COSIFICACIÓN DEL SEMEJANTE

Aclaremos, en cuanto a la violencia, que cabe una serie de discriminaciones que separarían netamente la agresividad narcisista, aunque se vea expresada en cohesiones identificatorias imaginarias en una masa agresiva, de la violencia sustentada por un andamiaje simbólico. Esto queda deslindado, como ilustración, en el modo en el que comprendemos la agresividad más habitual que manejamos en nuestros consultorios, de esa otra dimensión que encontramos en los crímenes intencionales, especialmente cuando reúnen esas dos palabras que tantas veces resuenan jurídicamente: *premeditación* y *alevosía*, que solo veríamos en nuestros consultorios en las organizaciones paranoicas psicóticas de odio.

Dada la escalada de violencia hacia las mujeres, tenemos que aplicarle todos los parámetros que observamos en los fenómenos de violencia social que se presentan en una escala parcial en puebladas, enfrentamientos de barras bravas o formas generalizadas en el terrorismo de Estado y otras acciones generalizadas con bases ideológicas antifemeninas.

Quizá como analistas podemos tomar los desarrollos que hace Lacan (1963/2008c) acerca de Kant con Sade para esclarecer el modo mediante el cual se origina un lugar para la aparición de un sujeto sádico, aquel que objetaliza de un modo extremo al otro, rehusando toda semejanza con este y llevando al máximo la satisfacción de su goce, descargado en vinculación con ese otro reducido a objeto.

Pero aquí debemos ir más allá y comprender que lo que nos enseña Lacan es que el sádico termina siendo un administrador del goce del Otro, y es de ese modo como termina ejercitando su práctica perversa. Además, ese objeto maltratado, como todos hemos apreciado en Sade, conserva su eterna belleza para que esta práctica se sostenga una y otra vez. Por estas razones la perversión no es perversidad. La perversidad requiere de una cualidad del Otro al servicio del cual los sujetos quedarían subsumidos hasta la aniquilación. Otro que sostenga un proyecto maligno, que no es donde llegan los perversos, aun los sádicos que podemos observar en nuestra clínica. Además, no son organizaciones discursivas que den demasiado lugar a la subjetividad, ni siquiera perversa. Requieren más que nada de modos extremos de alienación sin márgenes de subjetividad o de

individualismo. Aquí aparece la necesidad de lo colectivo, para Freud, la masa que se orienta por un ideal alienante como fenómeno inefable de la especie para efectivizar un discurso.

Entonces se trata de un discurso que organiza al Otro como una máquina ideológica, esto podría decirlo cualquier sociólogo; cualquier historiador podría enumerar los antecedentes de la conformación de esta organización. Cualquier economista podría decir a qué sectores beneficia esta conformación y cualquier «opinólogo» podría plantear hipótesis pronósticas sobre esto. Pero somos los psicoanalistas quienes podríamos comprender cómo los sujetos «pulsionalizan» estos significantes que conforman un discurso social o científico, qué organización de goce implica para cada sujeto adherir a esa organización y además comprender uno de los puntos más enigmáticos, a saber, por qué hace falta una figura concreta que encarne el Ideal de turno para que esta máquina ideológica se ponga en funcionamiento. Es decir, algunos iluminados crean el programa, que es una maquinaria simbólica con sus engranajes, bujes, ruedas, etc., las poleas que motorizan esta máquina las aportan las masas que ponen su energía y fervor cotidianos para que el engendro funcione, pero hace falta un líder, una figura encarnada, el agente del discurso, un conductor.

Esto lo vemos como hechos de violencia generalizada hacia las mujeres con fundamentos religiosos en los países árabes y africanos, donde la lapidación de mujeres o las mutilaciones constituyen prácticas legalizadas. Por tanto, requiere de todos los elementos del ataque organizado, creando en la mujer un ser segregado por ser diferente, objetalizado, más bien cosificado y eventualmente exterminado.

Siguiendo a Lacan (1969-1970/1992), sin el agente, el discurso no opera; sin seres vivos que adhieran a un sistema de creencia, que hablen un idioma o que lleven a cabo las tareas, el ejercicio de esa cultura, religión o lengua se tornaría algo muerto. No necesariamente deja de existir aun sepultado o encubierto, pero solamente adquiere vida efectiva cuando es sostenido por seres vivos. Así, hay culturas, lenguas o proyectos que permanecen latentes por siglos y son revividos por quienes pasan a efectivizarlos. Esto diferencia la consistencia y autonomía del Otro, es decir, esa organización simbólica, de la situación en la que alguien, un *otro* con minúscula, revive la máquina simbólica. Un ejemplo sería el de algunos

países que habían avanzado hacia la consideración de las mujeres, y un giro ideológico-religioso hace que retornen a prácticas que se suponían superadas. Sin embargo, es un líder quien proclama esos retornos segregacionistas y crueles, la masa los sigue y se alienan en esas consignas, como los talibanes o el ISIS.

Estas ideas son trascendentes para comprender uno de los eslabones importantes a modificar en la cadena que lleva al acto de ataque a las mujeres y a su asesinato. Se trata de cualquier variación del discurso machista patriarcal. Esto va desde las religiones que tienen una intensa tendencia a segregar o denigrar a las mujeres, como diferentes variedades culturales que ubican en la mujer a la bruja, la torpe, la causante de los males, la traidora, la diferente, etc. Asimismo, es trascendente comprender por qué las mujeres aceptan cargar con esos papeles sociales y poseen cierta vulnerabilidad para ubicarse en una posición de objeto del fantasma del amo cruel. No obstante, ya mismo tenemos que aclarar que los hombres ubicados en esos mismos discursos en posiciones equiparables a las mujeres asumen esos lugares, sea en los fenómenos de *bullying* o de servilismo, lo cual, en definitiva, nos lleva a la temática del amo y el esclavo. Sin ir más lejos, consideremos al *dealer* y el drogadicto, o los casos de hombres o mujeres prostituidos y el sometimiento a los proxenetas, también múltiples variedades de alienación en sectas, en cualquier religión o muchas formas de trabajo esclavo. Lo mismo, en las bandas delictivas o en la estructura de las barras bravas del fútbol.

ILUSIONES PERDIDAS Y UN GIRO ÉTICO SOBRE LA RESPONSABILIDAD EN LA VIOLENCIA

Debemos destacar que, a pesar de que habría condiciones culturales, científico-tecnológicas y de riqueza mundial como para que haya menos violencia, podemos afirmar que pasa lo contrario. Hemos sido testigos en el siglo pasado y el inicio de este de las expresiones más brutales de odio sistematizado, el que adquirió formas que demuestran que la cultura, la ciencia y la tecnología, así como la riqueza, estuvieron al servicio de la devastación. Esto muestra que el odio ligado a la violencia es un síntoma derivado del malestar en la cultura y que se padece necesariamente.

Haciendo una analogía clínica, desgraciadamente a veces la agresividad motivada por el inevitable malestar social pasa de ser un síntoma neurótico «llevadero» a un síntoma paranoico que desencadena lo peor, como las guerras o persecuciones y matanzas. En la supuesta paz cotidiana, vemos la corrupción epidémica instalada en el Estado, que evoluciona hacia un desenlace típico melancólico de degradar o arrasar a víctimas y victimarios. Una de las consecuencias es el escepticismo frecuente como condicionante para que nada cambie, una entrega a la repetición. Aplicando estas ideas generales al caso del femicidio, muchas veces vemos un circuito que pasa por diversos grados de violencia, a veces doméstica, que culmina con el acto criminal y muchas veces la inmolación suicida del asesino o las consecuencias penales buscadas por el criminal. Se activa la clásica dualidad complementaria del «crimen y castigo» de Dostoievski, lo que completa el pasaje al acto paranoico-melancólico de este tipo de crímenes, aunque, como anticipé, puede derivar en la «cura», como si se tratase de una paranoia de auto punicción tan afín a la tesis de doctorado de Lacan (1932/1985), nutrida por el psicoanálisis y la psiquiatría de Clérambault.

El psicoanálisis siempre cuestiona en primer lugar al sujeto como responsable de su destino. Solemos pensar que aunque estos hechos deriven del inconsciente, es el sujeto quien carga con la deuda. En nuestras experiencias de análisis o supervisión, escudriñamos las *impasses* o fracasos, buscando el error en nosotros mismos, y siempre se consideró de «mala calidad» la responsabilización del otro. Esto es consecuente con la esencia del aporte psicoanalítico al concepto de culpa. Ante todo, el humano es culpable, y si bien hay que corregir el exceso de culpa neurótica, existe culpa inherente a diferentes fuentes: cobardía frente al deseo, culpa de no haber gozado o culpa por haber gozado, y la inevitable transgresión de la Ley por inefables fantasías o actos incestuosos. En última instancia, el mero hecho de ser mortales nos ubica en falta, ya que no podemos cumplir con sostener los ideales culturales más allá de nuestra muerte; por más que diseñemos testamentos, no podremos garantizar que se cumplan las premisas.

Debemos distinguir la falta en ser de una falta moral. La falta en ser sirve como definición de sujeto, que solo puede existir sostenido por el significante, lo que mella la plenitud de su ser. En cambio, una falta moral se refiere al incumplimiento de la Ley que rige esa subjetividad, y se trata

de una falta que amenaza el orden fundante de ese sujeto. El giro significativo en cuanto a este tema es incluir como determinante la responsabilidad proveniente del Otro, una falla ética y moral que proviene de la cultura.

La fisura en la Ley que gobierna una sociedad en el caso del acto femicida se ve replicada en todos los actos de maltrato a las mujeres y se extiende a la tolerancia de los crímenes en general. Es interesante observar la intensa predilección social por la lectura de novelas de temática criminal, donde la clave del suspenso es la búsqueda del criminal y el sentido del asesinato. Podríamos considerar que se trata de un afán de elaborar las propias tendencias homicidas reprimidas, esperando que se descubra y castigue al que quebró las leyes. Sin embargo, resulta notable cómo en la novela negra, por tomar un caso, se observa una suerte de «evolución»: o el que busca al criminal no es tan santo, o se puede llegar a ciertos prototipos heroicos directamente delincuentes. Pero, en la actualidad, en algunas series televisivas o novelas, incluso, se va llevando al espectador a esperar que el protagonista mate, siempre con cierta idea de ir contra el sistema. O algunas veces justificando sus actos como mal menor frente a males mayores. Lo mismo acontece en cantidades de guerras o masacres sociales que se justifican como necesarias, aunque es obvio que en cualquier guerra o asesinato lo que se satisface es la pulsión desatada. El interés morboso de explorar periodísticamente, muchas veces de un modo novelado, los crímenes y actos delictivos en general satisface más que nada los bajos instintos, parafraseando una famosa película del género.

Por este camino deberíamos enmarcar que hay una interrelación innegable entre el acto psicótico de asesinar a una mujer y las cualidades del Otro en donde el psicótico se encuentra inmerso. Ello por más que podamos ir viendo que en la significación que el psicótico le otorga a lo femenino ubicado en una mujer, la cultura puede facilitar ese circuito delirante o puede acotarlo. Las psicosis, como toda entidad, constituyen productos de una época, y en particular las cualidades del discurso de un contexto cultural producen los fenómenos epidémicos de cuadros clínicos. Esto es obvio en las tendencias al suicidio, los trastornos alimentarios, las adicciones y todos los tipos de psicosis prevalentes. Vengo sosteniendo en otros artículos que la realidad se altera radicalmente cuando los ideales se

confunden con las leyes; los ideales deben conservar su lugar de orientación del imaginario social e individual, pero estar acotados por las leyes. Especialmente esto es notable cuando se configuran regímenes totalitarios o afectados por prejuicios morales.

LA FEMINIDAD NO ES SINÓNIMO NI EXCLUSIVIDAD
DE LAS MUJERES: ALGUNAS PARADOJAS SOBRE LA
LEGISLACIÓN EN DEFENSA DE LAS MUJERES

La malograda esperanza de complementariedad entre los sexos y los celos patológicos

Por otro lado, como consecuencia de estas cuestiones ligadas a las problemáticas de género, se produce un hecho preocupante: las leyes o las actividades de organizaciones femeninas en favor de la defensa de las mujeres generan, paradójicamente, discriminación de las mujeres por su mera especificidad. Si bien es evidente que los cupos femeninos o la defensa de la mujer tienen el propósito de combatir la exclusión y el maltrato de las mujeres, las segrega para ese propósito del conjunto de las personas. De esta manera, queda claro que el tema de fondo desde nuestro punto de vista, como psicoanalistas, lo constituye la vigencia de la necesidad de asumir la sexuación y la inestable definición de qué es un hombre y qué es una mujer. Quizás alejándonos de esa problemática debiéramos partir de la definición de que los seres humanos son tales en tanto son parlantes. Es decir, sujetos al universo simbólico; luego surge el drama humano, edípico, de definirse como hombre o como mujer. Esto produce el desgarramiento del mítico andrógino, operación que quizá queda siempre a medio hacer, condenándonos a la bisexualidad freudiana que, al no ser tolerada, veremos cómo nos va llevando al ataque al otro sexo, siempre femenino, que paranoicamente nos persigue tanto a hombres como a mujeres. Y este fascinante otro sexo pasa de ser admirado, buscado u odiado tanto por hombres como por mujeres. En la histeria es una eterna aspiración alcanzar a La mujer. En el Don Juan, un arduo trabajo de conquista infinita para ver si puede construir Una mujer. En la celotipia, entidad paradigmática para este tema, se trata de matar en la elegida lo que atormenta al sujeto en sus celos, la voluptuosidad ingobernable. En los asesinos seriales de

mujeres quizá se trate de una mezcla de ir matando en todas, una por una, ese goce femenino ingobernable.

Vamos a intentar articular lo que venimos exponiendo y aclarar algunos conceptos teóricos. Desde siempre las mujeres fueron tratadas, y culturalmente fueron obligadas a ser tratadas, de un modo violento y desvalorizado. A Eva, subordinada a Adán, se la describe vinculada a su antecesora, Lilith, como figura mitológica del mal, separada de la víbora como representación directa del mal. El mal y la mujer quedan asociados a la expulsión del paraíso. Más allá de todos los significados que podamos darle, la mujer aparece implicada con los impulsos que llevan al pecado. Es la figura pulsional y se le atribuye lo que se denomina el goce femenino. Un goce que no tiene palabras y que es pasible de ser relacionado con lo psicótico, lo diabólico, lo tanático, lo devastador, etc. Lo femenino no tiene que ver con las mujeres en particular; si bien es atribuido a ellas, está en hombres y mujeres. Quizá ganaríamos llamándolo goce desligado de lo simbólico, de la palabra. Como venimos intentando plantear, para los analistas y sus propuestas lógicas, pretende ser parte de la bisexualidad, como el otro género, siempre femenino, que se trata de resolver. Más allá de la perspectiva psicoanalítica, a las mujeres se les adjudica esa desligazón de lo simbólico que las estigmatiza como lo ingobernable, lo cual ha llevado a interpretar mal la expresión de Freud de que lo femenino es el continente negro, que se refiere a lo desconocido, al enigma. Lo mismo pasa con el masoquismo femenino y la pasividad, conceptos a revisar. La patología insignia de esta atribución es la celotipia, cuadro psicótico delirante en el que el sujeto cela a la mujer con la certeza de que esta despierta el deseo de los hombres, reproduciendo a Eva como inductora del mal. Al tratarse de una psicosis, la proyección masiva de aspectos psicóticos homosexuales es lo que motiva la conducta; son ellos los que desean al hombre. Freud relaciona los celos con la paranoia y la homosexualidad. Así, la homosexualidad psicótica no es una elección de objeto homosexual, como en la mayoría de los homosexuales que son neuróticos, sino que es transexualidad que, como el goce femenino, no tiene límites. En la psicosis, Lacan caracteriza esta condición como empuje a la mujer, es decir que el psicótico/la psicótica es llevado o llevada como amenaza permanente a esa deidad atroz que es el goce sin medida. En ciertas religiones esto se

ponía en evidencia cuando se hacía necesario el sacrificio humano para satisfacer a las atroces deidades, suponiendo que así eran aplacadas para que no se ensañaran con el conjunto de la población.

Resolver el goce sin límite es uno de los temas propios de los humanos, ya que, al carecer de límites instintuales preprogramados, suelen llegar a cualquier forma de exceso.

El problema de Schreber, famoso historial de Freud (1911 [1910]/1991) sobre una psicosis, no solo era el deseo de ser mujer, sino de copular con Dios. Norman Bates, el asesino de *Psicosis*, de Hitchcock (1960), asesina mujeres inducido por el mandato de una madre asesinada y conservada, que ordenaba la tendencia femicida delirante. Lo femenino es atacado por un mandato femenino de una madre que no pudo terminar de ser asesinada. El Superyó ordena matar aquello que es él mismo. Sin embargo, matar concretamente es una mala tentativa de simbolizar. En la celotipia, la proyección deposita en una mujer lo ingobernable, lo femenino, intentando destruirlo como fuente paranoica de dolor. Algunas mujeres creen ver en el control y la posesividad celosa de estos hombres signos de amor. Aquí se abre desde la figura del golpeador y su víctima, hasta la mujer inmolada «por excesos de amor recíproco».

A los fines de evitar malentendidos en un tema tan delicado, quisiera reiterar que debemos separar a las mujeres de ese goce femenino en lo cultural, lo que incluye que ellas no acepten el rol de asumir esa forma de feminidad. Hay que darles la palabra a las mujeres y mencionarlas de otra forma en cualquier discurso social. No caer en la tentación de hacerles asumir ciertos roles sociales, como la relación con la muerte, el cuidado de los enfermos, las tareas más serviles o incluso cualquier exceso de sufrimiento ligado al sexo y la maternidad. La feminidad es una problemática de ambos sexos y hay que cuidar que ambos sexos eludan asumirla como tentación sadomasoquista de reparto de roles. Una historia interesante en ese sentido es la de Sherezade, que logra posponer indefinidamente su asesinato anteponiendo toda la cultura árabe en sus relatos: así frenó el femicidio y salvó la honra de su padre.

Para concluir, en pos de definir un punto posible de abordaje en lo social para disminuir la frecuencia de femicidios, considero que es crucial la complementariedad entre cierta disposición a ofrecerse para satisfacer

el fantasma de lo que aparenta ser un hombre consistente. Incluso en algunos casos el afán que desvela a muchos padres es que las hijas puedan elegir uno francamente inconsistente, adicto o alcohólico, con rasgos de agresividad, con el propósito de «crear el hombre deseado», salvándolo de sus problemas. Esto es muy propio de la estructura histérica que busca hacer completo al otro, sin castración, con un proyecto de redención que haga una excepción a la universalidad de la castración. Entendemos la castración como una falta necesaria para aceptar el orden simbólico, pero la ilusión de que en este caso va haber una excepción que haga que la regla pierda su carácter universal alimenta el narcisismo de algunas mujeres y da oportunidades insólitas al que se aprovecha de esa vulnerabilidad.

Si, en los fenómenos de enamoramiento, quien se aprovecha de esa debilidad de algunas mujeres es un ser proclive a la celotipia psicótica, aumentará en un grado el pasaje del golpeador o maltratador al asesino. En esta pirámide que se inicia como base con mujeres golpeadas, violadas o maltratadas, se produce una escalada y aumenta la probabilidad de que puedan ser asesinadas, al quedar envueltas en la trama delirante de la celotipia. El *Otelo* de Shakespeare (1604/1999) es un caso emblemático que muestra, entre otras cosas, la bondad ingenua de Desdémona de hacer de ese militar el mejor hombre posible. A pesar de las advertencias y de otras opciones de salida que, como en toda tragedia, no son tenidas en cuenta, se ve envuelta en una trama compleja de rivalidad entre dos hombres que van forjando en ella el objeto a aniquilar.

En la vida corriente, la presa elegida como depositaria del goce diabólico femenino no suele lograr desprenderse, todo la entrapa cada vez más en un sistema extorsivo, por tener hijos o por no lograr salir de la figura de complementariedad.

Tal como acontece en ciertas predisposiciones a adquirir enfermedades graves, de lo que se trata es de prevenirlas drásticamente. Para no llegar al lema de «ni una menos», debemos plantear «ni una aceptación de maltrato». Esto no es sencillo, por lo que vemos en la clínica, ya que el «malentendido» que vemos en nuestra sociedad es que el «hombre recio» es más macho. Y esto es aceptado por las mismas mujeres, que no perciben que en la reciedumbre y los celos se esconde una debilidad insoportable desde la cultura y la endeble estructura de estos sujetos. Esa condición endeble es

confundida con una apertura amorosa por ciertas mujeres que buscan tener un acceso al hombre. Luego, las palizas no logran modificar fácilmente esta vivencia. El carácter castigador, seguido por el aparente arrepentimiento y las actitudes amorosas seductoras van moldeando un encierro alienante. Es así como se termina cerrando un círculo de goce desenfrenado, pero que es modulado de tal manera que se disimula. Se trataría de una feminidad que busca resolverse en un hombre que a su vez está condicionado por la propia feminidad psicótica insoportable. Al final, en su delirio que lleva al femicidio, cree que matando a la mujer resuelve su propio tormento. Es interesante que el asesinato suela terminar siendo brutal, con muchas puñaladas, al modo del crimen epiléptico, incendiando a la pareja y en algunos casos extendiendo el ataque a varias otras mujeres, por ejemplo, madre y abuela de la víctima. Esto certifica el carácter psicótico del pasaje al acto, como si quisiera borrar toda una progenie femenina desde su raíz.

Esta dinámica queda plasmada en la letra de un tango, *Amablemente* (Rivero y Diez, 1963/1964), que describe de un modo impactante, por su cadencia y el contenido, esta dinámica con todos sus matices. Tomemos en cuenta el clima de naturalidad siniestra, incluyendo el título que encierra la certeza psicótica de la acción.

Amablemente

*La encontró en el bulín y en otros brazos
Sin embargo, canchero y sin cabrearse,
le dijo al gavilán: «Puede rajarse,
el hombre no es culpable en estos casos».*

*Y al encontrarse solo con la mina,
pidió las zapatillas y ya listo,
le dijo cual nada hubiera visto:
«Cebame un par de mates, Catalina».*

*La mina, jaboneada, le hizo caso...,
y el varón, saboreándose un buen faso,
la siguió chamuyando de pavadas...*

*Y luego, besuqueándole la frente,
con gran tranquilidad, amablemente,
le fajó treinta y cuatro puñaladas.*

Siempre en estos casos se diría que se trata de un exceso amoroso, aunque sabemos que el exceso del amor por vía de los celos lleva a la contracara latente en el amor que es el odio, vinculable al «odioamoramiento» de Lacan. Es lo que Otelo actúa sin reconocerlo.

Una complementariedad siniestra

Las víctimas de femicidio se prestan a ser insistentemente inmoladas, lo que debiera abrirnos preguntas acerca del por qué de sus destinos. Quizá falta discernir qué responsabilidad les cabe de lo acontecido; esto no es culparlas, sino averiguar sus vulnerabilidades para ser víctimas de la epidemia de femicidios. Probablemente sea el punto más importante a dilucidar: ¿por qué tantas mujeres aceptan ubicarse en el lugar de los vejámenes, malos tratos, denigraciones, que en el caso que hoy planteamos culminan en su muerte? Consideremos que sería más factible evitar estas nefastas consecuencias trabajando preventivamente con las potenciales víctimas. Las víctimas suelen estar muy cerca de un equívoco, muchas veces neurótico, muy diferente de la certeza psicótica de los asesinos. Aceptemos que, de un modo existencial, el femicida desarrolla un pasaje al acto paranoico independientemente de la variedad diagnóstica de su personalidad. Observemos que, en un gran número de casos, antes de llegar al femicidio, las mujeres pasan por sufrimiento y martirio corporal, especialmente aquellas que, teniendo opciones y habiendo posibilidades de huir, reeligen este destino. Esto nos lleva a la insoslayable temática del masoquismo.

Intentemos brevemente profundizar en los masoquismos, lo que es un desafío importante. Si bien el masoquismo es una calificación que se otorga a menudo, no es tan preciso conceptualmente a qué nos referimos al hablar de tendencias, conductas o rasgos masoquistas. Esto es así, aunque Freud haya marcado el campo con las tres categorías de masoquismo: erógeno, moral y femenino. Además, se hace más difícil delimitar la entidad cuando le damos un estatuto estructural. A decir verdad, el espectro es más amplio, ya que vemos aparecer el primario, ligado al

concepto de pulsión de muerte y algunos giros muy particulares vinculados al protagonismo del Superyó, como acontece en diversas entidades como la perversión, la melancolía y la neurosis obsesiva. Incluyamos el masoquismo moral como fracaso ante el éxito, o a delincuentes por sentimiento de culpabilidad, psicósomática, actos asubjetivos, etc. Estas consideraciones las tenemos que aplicar, inclusive, a las líneas enfatizadas por los pensadores argentinos acerca de las tendencias masoquistas vinculadas con el Superyó.

Si revisamos todas estas calificaciones de masoquismos, algunas de las cuales suenan casi a adjetivos, veremos que se trata de formas teóricas y clínicas muy vulnerables conceptualmente, ya que varían por cuestiones culturales, ideológicas y morales. Lo que en una cultura se calificaría de masoquista, en otra se transformaría en heroico. Y, en esa misma polaridad, el sujeto inmolado o martirizado podría ser un santo o un excomulgado. También el concepto mismo de perversión está cuestionado y confundido en muchos casos con perversidad y, como es obvio, todo lo que es moral es variable. Un prócer, un héroe o un santo desde otra perspectiva pueden ser un déspota, un traidor o un hereje. Lamentablemente, estos vaivenes hicieron que casi se proscibiera en cierta psiquiatría el uso del concepto de perversión como una de las tres estructuras clínicas básicas freudianas, como también acontece con la neurosis.

Los sádicos perversos y masoquistas pactan sus prácticas, modos y atuendos. Hacen eso que Lacan (s. f./1973) llama el «puro camelo»⁴ (p. 40) de la extrema maldad o victimización, siempre al servicio de desmentir la castración, a costa de suscitar la angustia en el otro. La angustia sostenida en el otro es un punto de apoyo de Lacan para caracterizar la perversión. Sin embargo, el modo más logrado de perversión varía en el desarrollo de la obra lacaniana. El primer paradigma es el sádico como principal administrador de la angustia (Lacan, 1962-1963/2006), luego gira a ubicar al masoquista como el mejor sirviente para obturar la falta castratoria en

4 «Si hay un lugar donde la clínica, la práctica, nos muestran algo –y esto explica que yo felicitará por ello, así, al pasar, a alguien que después anduvo mal–, si hay algo bien evidente es que el masoquismo es puro camelo. El masoquismo es un saber, desde luego, ¡un saber hacer, incluso! Pero si hay un saber del que se palpa que se inventa, que no está al alcance de todo el mundo» (Lacan, s. f./1973, p. 40).

el gran Otro restituyéndole la voz (Lacan, 1968-1969/2008a). Basta ver la figura de Cristo y su poder para verificar esta dinámica a nivel social.

El masoquismo es más poderoso que el sadismo, ya que logra inducir la angustia en el otro y se presenta libre de hacer lo que le plazca, pero siempre haciendo consistente al gran Otro, como Sade con Justine, «siempre bella», o Masoch con «La Venus de las pieles», llena de poder. Tanto el sádico como el masoquista ofician como administradores del goce del gran Otro, y esto les evitaría el colapso psicótico. Así logran arreglárselas con el Nombre perverso del Padre que es el Superyó (Glasman, 1983). Lacan vincula la perversión más lograda a aquella que restituya más poder a la voz del gran Otro, que no es ni más ni menos que lo que hace más poderoso al Superyó. El Superyó, como «figura obscena y feroz», grita imperativamente «¡Goza!»; el sujeto responde «Oigo» y obedece haciéndose puro objeto de ese imperativo categórico.

Tengamos en cuenta que, en los casos de femicidio, debemos ser cautos en la aplicación directa de los parámetros de la perversión. Estamos más, tanto del lado del sadismo del victimario como del masoquismo de la víctima, en formatos que solo remedan los montajes de los perversos. Es decir que un criminal paranoico no es un perverso, sino que usa los ropajes y emblemas de la perversión para ir más allá de todo pacto. Y la complacencia masoquista de la víctima no sería más que un armado expresivo, en general, de cuestiones neuróticas afines con la histeria, la que en su plasticidad se presta a adaptarse al fantasma del hombre al que «ama». Busca dónde constituir su subjetividad anhelante de «amor» y atenuar su angustia de carecer de consistencia subjetiva, generalmente presentando un fondo melancólico por donde entra la puñalada homicida.

Este circuito tan característico nos lleva a jerarquizar la intersubjetividad. En estos casos se presenta como un mal encuentro que lleva al desenlace trágico. En cambio, en la tragicomedia de la vida corriente, en los conflictos de las relaciones de pareja, vemos oscilaciones alternantes de amor y hostilidad como efecto de que «no hay relación sexual». En el caso del femicidio, no se acepta esa imposibilidad, y el asesino procura hacer posible lo imposible poseyendo al otro sexo más allá de que esté con vida. De esa manera, borra el «no hay relación sexual» borrando al otro, queda todo en una mancomunidad gozosa delirante.

Retomado un comentario sobre Norman Bates de *Psicosis*, la madre sigue presente como posesión aun como cadáver. Termina siendo la materialización del incesto de un modo necrofilico.

Espero que quede claro que no todos los casos son como los estuve caracterizando, aunque esto sea frecuente, y por ende no todas las mujeres asesinadas eran iguales. Estoy describiendo un prototipo, un perfil teorizable, donde se podría actuar preventivamente. Pongo el énfasis en las víctimas porque las ubico más cerca de la neurosis en un extravío, como el de Caperucita en el bosque, diferente del homicida paranoico celotípico que ubicaría en el Lobo.

En lo social es interesante traspolar la intersubjetividad que describí, ya hecha cultura a partir de esa integración de la voz del amo como voluntad extrema y la masa ofreciéndose al goce del amo. Es interesante la necesidad que observamos en los políticos de elevar el tono de voz hasta desgañitarse, esperando que la masa aplauda, grite o toque bombos como signo de obediencia. Es el momento en el que se produce esta oscura construcción cuando la masa de individuos indiscriminados –por ende, la masa– arrasa la subjetividad y predispone a sus integrantes a ser objeto instrumental de una causa. Como nos enseñó Freud, los yoes se funden y el Ideal encarnado en un líder conduce. Es un punto de extrema vulnerabilidad ética, es diferente si van a ser guiados al combate en la arenga guerrera o simplemente llevados al sacrificio para satisfacer la voluntad de un déspota. Vemos cómo el masoquismo de la masa sostiene el discurso del Amo, quien los masacra, y en eso apoya su mayor poder. Así se arma una ecuación muy potente que funcionó desde el masoquismo de los esclavos y los legionarios egipcios o romanos, pasando por Auschwitz, hasta legiones de mujeres inmoladas. Esta última forma la denominaría la causa femicida, que tendría por objeto sostener el machismo patriarcal que adquiere su plenitud pretendiendo matar en esa mujer el goce femenino. A mayor sometimiento y aceptación de sufrimiento por parte de la masa, más poder y voz del Amo.

En las dinámicas sadomasoquistas perversas comunes, como las de nuestra práctica clínica, esta intersubjetividad está acotada por un acuerdo, y el goce se reparte dentro de cierta parodia. Aquí vale la pena comprender que si el que participa de estas prácticas no es genuinamente perverso

dentro de las categorías psicoanalíticas, se excede el acuerdo y se puede alcanzar la perversidad, sea al estilo psicótico o a una condición de maldad que podemos llamar canalla o criminal. Como dato, en el año 2020 se registraron 270 femicidios en la Argentina; destaquemos que esto no es perversión, sino crueldad criminal y masoquismo de la víctima enamorada. Peligroso error histórico en la elección de objeto el confundir potencia con prepotente crueldad.

Para avalar la hipótesis de la importancia de la intersubjetividad como predisponente, consideremos una estadística: en cuanto al vínculo con el agresor, el 40% de los femicidios fue consumado por la pareja, el 19% por la expareja, el 15% por un familiar, el 14% por conocidos y el 6% por desconocidos, mientras que no se registran datos del 6% restante (Télam, 3 de enero de 2021).

Resta comentar la dramática de interacción fantasmática entre víctima y victimario. Es difícil comprender la elección de las mujeres sin entender en qué medida están alienadas en un discurso cultural que no solo se sostiene en un imperativo, sino en una promesa. Así, aparecen algunas variedades de aspiraciones que son el señuelo resultante de la fragilidad subjetiva de las víctimas. Una variedad es el heroísmo de soportar lo que opera en la variante del montaje perverso como desmentida de la castración; aguantar a ese bruto las pone en una oscura superioridad. Los moretones pasan a ser las cicatrices de una guerrera y, en el fondo de la complacencia, habría un triunfo, como los que se ofrecen a la violencia en lo social como marca de pertenencia y superioridad después de un enfrentamiento de barras bravas. En algunos casos puede aparecer adornado en el arrepentimiento del golpeador con regalos y un supuesto otorgamiento de bienestar, muchas veces en los ciclos de maltrato y simulación de arrepentimiento y reparación. También nos podemos deslizar a otra variedad que está parodiada en el viejo cómic de Popeye, el marino: Olivia, maltratada por Brutus, y eternamente viene Popeye después de comer la espinaca a salvarla y darle una paliza a Brutus. Más allá de un supuesto matiz pedagógico y moral de comer espinaca y castigar al maltratador de la mujer, es la realización del fantasma femenino de ser salvada de la desventura. En este caso, se agrega a la desventura el hombre violento en una versión sádica de la pretensión amorosa. En esos casos adquiere el valor

de un *acting out* crónico con el anhelo de ser rescatada, aunque muchas veces el maltratador se presenta como protector al modo de los proxenetas. En otra variedad, menos inscrita en el marco romántico, vemos mujeres más degradadas y utilizadas como objeto de goce del maltratador; sería una variante más ligada a la melancolía o intensa debilidad subjetiva.

Sea la modalidad que fuere, cualquiera puede terminar con la víctima asesinada, quemada, apuñalada o muerta mediante disparos. Algunas veces se agrega a los asesinatos el suicidio del victimario. No olvidemos que la paranoia, según las circunstancias, puede hacer un viraje a la melancolía. Todo esto es relacionable con el hecho de que lo irrepresentable sea depositado en el otro -la mujer, en este caso- para luego caer sobre el propio asesino. Es difícil plantear una fantasmática compartida; probablemente, es la interacción de las fantasmáticas de cada integrante de la pareja. Esto hace suponer que, modificando a uno de los sujetos de esta captura vincular, se podría desbaratar esta condena a muerte. ♦

RESUMEN

El trabajo aborda el femicidio dentro de la serie de los crímenes violentos. Intenta describir y comprender el protagonismo de la víctima y el victimario en estos casos. Caracteriza la psicosis del asesino y el masoquismo de algunas víctimas. Extiende estos temas al debate diferencial con la perversión y a modalidades sociales que mostrarían resortes comparables a estos hechos individuales. Destaca la posible prevención de estos crímenes por cambios culturales y cierta mayor accesibilidad en la prevención por el lado de las víctimas.

Descriptores: CRIMEN / CULTURA / GOCE / FEMINEIDAD / SADISMO / MASOQUISMO / PERVERSIÓN / CELOS / CRUELDAD / DESOBJETALIZACIÓN

Descriptor candidato: FEMICIDIO

SUMMARY

The paper approaches femicide as part of a series of violent crimes. It is an attempt at describing and understanding the role of the victim and of the aggressor in these cases. It characterizes the psychosis of the murderer and the masochism of some victims. It expands to the differential debate with perversion and the social modalities which could show mechanisms comparable to these individual facts. It underlines the possible prevention of these crimes through cultural changes and a rather more likely access to prevention on the side of the victims.

Keywords: CRIME / CULTURE / JOUISSANCE / FEMININITY / SADISM / MASOCHISM / PERVERSION / JEALOUSY / CRUELTY / DEOBJECTALIZATION

Candidate keyword: FEMICIDE

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1976a). Dostoievski y el parricidio. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1928).
- Freud, S. (1976b). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (1976c). ¿Por qué la guerra? En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- Freud, S. (1991). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911 [1910]).
- Glasman, S. (1983). El superyo, nombre perverso del padre. *Conjetural*, 2, 9-26.
- Hitchcock, A. (director) (1960). *Psicosis* [película]. Shamley Productions.
- Lacan, J. (s. f.). *Seminario 21: Los incautos no yerran (Los nombres del padre)*. <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/26%20Seminario%2021.pdf> (Trabajo original publicado en 1973).
- Lacan, J. (1985). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1932).
- Lacan, J. (1992). *El seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1969-1970).
- Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Lacan, J. (2008a). *El seminario de Jacques Lacan, libro 16: De un otro al Otro*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1968-1969).
- Lacan, J. (2008b). Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología. En J. Lacan, *Escritos 1. Siglo XXI*. (Trabajo original publicado en 1950).
- Lacan, J. (2008c). Kant con Sade. En J. Lacan, *Escritos 2. Siglo XXI*. (Trabajo original publicado en 1963).
- Peramato Martín, T. (5 de enero de 2012). El femicidio y el feminicidio. *elderecho.com*. <https://elderecho.com/el-femicidio-y-el-feminicidio>
- Peskin, L. (2003). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Paidós.
- Peskin, L. (2008). La violencia y el psicoanálisis. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Los laberintos de la violencia*. Lugar.
- Peskin, L. (2015a). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Paidós.
- Peskin, L. (2015b). La violencia de hoy y de siempre. *Revista de Psicoanálisis*, 72, 4.
- Peskin, L. (2016). Algunas reflexiones sobre el femicidio. *Actualidad Psicológica*, 458.
- Rivero E. y Diez, I. (1964). Amablemente. En *En Lunfardo* [LP]. Phillips. (Trabajo original publicado en 1963).
- Shakespeare, W. (1999). *Otelo, el moro de Venecia*. Buró. (Trabajo original publicado en 1604).
- Télam (3 de enero de 2021). Según la organización Mumala hubo 329 muertes violentas de mujeres en 2020 en el país. *Télam digital*. <https://www.telam.com.ar/notas/202101/540487-segun-la-organizacion-mumala-hubo-329-muertes-violentas-de-mujeres-en-2020-en-el-pais.html>